

Una mirada de bandido

Por VICENTE A. TORRES

Choflo, lo llamaban, y era un hombre alto como la noche y lento como el amanecer. Con esas cualidades se pavoneaba por los barrios bajos de la ciudad, con una caja de carne que nunca se supo de dónde la sacaba. Sólo llegó a saberse, que debía haber alguien que mitigara la hambruna de este pueblo —así comienza a narrar Juan Alberto, el cuento que le pidieron sus amiguitos, antes de retirarse de la cotidiana reunión bajo un poste de luz.

Para todos —continúa aquél—, ya formaba parte del folclor. Era tan famoso, que no había comedia escolar donde no se le dramatizara. Gustaba, además, de las etílicas parrandas, hacerle de payaso y su hobbie consistía en pararse ante los niños, quienes le solicitaban, a cien metros de distancia, imitar al más amargo pistolero.

Pues, fíjese, que un día Choflo pasaba por una escuela del centro de la ciudad y se vio asediado por un grupo de niños que le pedía una mirada de bandido. El, ni corto ni perezoso, les preguntó.

—¿Una qué dijeron?

—¡Una mirada de bandido, Choflo! —se escucharon los gritos a lo lejos.

Había que ver aquél hombre girar su cuello y cabeza, viendo con el rabo del ojo y el entrecejo caído. Pues, los niños como que miraban al demonio, que sólo le pedían la mirada y luego, luego estaban tras los árboles.

¡Y eso no es nada! En ese preciso momento, ante peticiones que ya eran extensivas, se acercaba por la misma acera un pistolero llamado Cementerio. Este, al verlo westernianamente, osadía sólo a él permitida, desabrochó su funda y en cámara lenta fue acercándose hasta los requisitables diez pasos de un duelo perfecto —ya sólo los dos habían quedado—, gritándole:

—¿Qué esperas para disparar hijueputa?

El forastero que pretendió sumar uno más a su lista negra, fue llenándose de dudas, ante un Choflo que se hacía el desentendido. A un nuevo grito:

—¡Vaya, pues! ¿Cuento tres y disparas a la una?

Es entonces cuando Choflo frunció el ceño y poco a poco enderezó la mirada hasta clavarla en los ojos de aquél... ¡Bam! ¡Bam!

Y Cementerio se cubrió la cara buscándose los ojos; se revolcó en el suelo para quedar silenciado segundo después.

La gente comenzó a salir de los escondites y rodeaba al muerto, quien no presentaba indicio de perforación alguna. Acto seguido, Choflo dejaba aquél lugar anunciando:

—¡Carne de res! ¡Carne de res, fresquita! ¡Carne de...

Al otro día, Carlitos preguntó al profesor sobre lo enigmático de la mirada de Choflo, contestándole:

Algo increíble niños, pues Choflo, además de hacer miradas de bandido, disparaba con la boca.